



Pandora

Dana Hart

Se despertó cansada. Que es uno de los dramas más grandes de la sociedad moderna. Se puso la bata rosada, que usa aun cuando está en pleno enero y febrero, y bajó las escaleras, para preparar el desayuno. Huevos revueltos para todo el mundo. No había jamón, así que huevos, sal, pimienta y pan. Odiaba lavar sartenes. Se les quedaba pegada la mugre, sobre todo en la parte de abajo, hasta que en un momento dado, se veían pegajosas, grotescas. Todo tenía un poco de grasa. Los platos. Los cubiertos. Hasta los vasos. No era muy buena para las tareas domésticas. Las detestaba. Pese a que desde muy chica la educaron para eso.

Cuando tenía ocho o nueve años, la mamá se iba a trabajar por las mañanas, y la dejaba a cargo de la casa, antes de que se fuera a la escuela. Tenía que pasar el trapo en todas las superficies, con

ese spray especial para que la madera quede brillante. Después barrer, cada rincón, cada esquina, sin dejar una sola mata de pelo. Luego pasar el trapo por la cocina y el baño, para que el azulejo quede perfecto, sin ningún tipo de mancha. Hacer las camas. Y finalmente trapear todos los suelos. No eran tareas fáciles para una niña. Sobre todo, considerando que no tenían agua potable corriendo por ninguna llave, así que tenía que ir hasta la acequia, para traer unos baldes de agua. No todo el mundo crece con esa suerte, de ver el agua correr, adentro de su casa.

Ahora de grande, tenía agua en las canillas. Y aun así lo detestaba. Lavar. Lo hacía un poquito mal, porque así se sentía un poquito menos oprimida. Ni bien puso la jarra de café sobre la mesa, y se empezó a olfatear el pan caliente, se escucharon los celulares sonar con las alarmas. Primero el de

Francisco, que era el que sonaba más fuerte. Y luego, los tres siguientes. Diego, Carla, María. Uno tras otro, sincronizados. Qué cansancio. Cuando bajaron, se sentaron a la mesa con cara de lagañas. Nadie decía nada, hasta que daba el beso de despedirse. Cada quien traía su celular en la mano y no se despegaba de la pantalla. Otro de los dramas modernos. La lejanía, estando ahí, en la misma pieza.

Una rebanada de pan, a la boca. Un sorbo de café, al paladar. Lo más rico era el aroma, que se esparcía por el aire del living, como si fuera un huracán. A veces deseaba estar sola, y no ser llamada “mami”, “mami”, cada cinco minutos. Pero después pensaba en esos abrazos, esos besos, esa ternura que no iba a poder encontrar en ninguna otra parte, y seguía fregando los platos. ¡Cuánto amor, pero cuánto cansancio además!

Entrar al baño era una pesadilla a esa hora. Una lucha por la supervivencia darwiniana, que terminaba siempre en gritos, peleas, toallas en el suelo y mucha, pero mucha agua sucia con jabón entre las piernas. Francisco solía tener la prioridad, porque era el que más temprano entraba al trabajo. El hombre de la casa. El padre de familia. El jefe del hogar, como lo llamaban los encuestadores cada vez que tocaban a la puerta. Y con gran alboroto, Diego, Carla y María, entraban después, de a tres, a revolverse en el baño. Salían como pinturitas. Maquilladas las caras. Perfumadas las orejas. Directo a subirse al bus de acercamiento para ir a la escuela.

La última en salir era Milagros. Con la camisa obligatoria de la empresa, verde musgo, con el logo estampado justo sobre el bolsillo superior izquierdo. Tenía por lo menos una hora y media

de viaje, en el metro que va lleno durante el horario punta. Empujaba como si estuviera en Japón. Tenía que llegar a tiempo. A esa hora la voracidad es tan grande, que nadie piensa en la solidaridad, ni en el apego, ni en la empatía por otro ser humano. El asunto es entrar, a como de lugar. Está lleno de oficinistas, con sus maletines puntiagudos. Los usan igual que armas, para clavarse en las costillas del resto.

El metro parece andar más rápido en ese horario, será porque no para en ciertas estaciones, o será que quien conduce está recién despertando, y lleva la mayor cantidad de pilas posibles. En cuanto el tren sale a la superficie, los ojos de sus navegantes, se acongojan. Cuesta por un momento, volver a adaptarse a la luz del sol, una vez que salen de las alcantarillas. No hay una sola vez, en la que esté haciendo ese viaje, en la que

no desearía estar en otro lado. Escaparse. Seguir rumbo hacia el barrio alto, para caminar entre las casas lindas y grandes, en esas veredas anchas, con poca gente, a las que no llega ni el colectivo. Sacarse las prendas y andar de suelta como una loca, para que la gente rica se espante, u alguna otra locura. Robarles los gnomos de jardín. Zambullirse entre sus enredaderas. Patear tachos llenos de basura. Gritar. Gritar un poco, sin ser oída por nadie. Pero al final siempre terminaba llegando al trabajo, un poco más temprano o un poco más tarde.

En la empresa había que marcar tarjeta. Por suerte de una manera mucho más moderna, no como antes. Ahora, llevaba en el bolsillo su chip electrónico, así que pasaba y hacía un “bip”, que le abría una puerta. Cada vez que escuchaba ese sonido, se sentía afortunada, de tener, al menos,

una pega. Pasaba sin hacer fila, saludando con la mano a quienes estaban ya en la línea, y evitando la mirada del guardia, que no le caía para nada bien. ¿A quién le cae bien un guardia? Poco sonrientes, poco tranquilos. Con algún bulto en el bolsillo, que bien podría ser un arma, o bien podría ser un palo con corriente. No podía pasar al baño, pero de vez en cuando pasaba igual, para poder deshacerse del café de la mañana.

Todavía tenía los gritos de Diego, Carla y María, en las orejas. Ojalá pudiera construirles otro baño. Pero la cosa está imposible. Después de la pandemia, los materiales de construcción se dispararon, haciendo que poner un estante, sea cosa de gente rica. “¡Milagros!”, era lo primero que le decía su compañero al verla.

- Buen día Carlos, ¿cómo estás hoy?

- Te estuve esperando toda la noche, ¡al fin llegaste!
- Si, debe ser aburrido para ti. ¿Qué haces en esas horas? No te programaron para que puedas dormir, ¿o si?
- No puedo dormir, pero puedo apagarme. Quedarme semi-desenchufado, con la batería cargándose, mirando a un punto fijo.
- ¡Qué aburrido! ¿Y no te dan ganas de leer? ¿O ver alguna película?
- ¿Cómo voy a leer, si yo no tengo ningún libro?
- Bueno Carlos, te puedo traer uno mañana. ¿Qué tipo de libro te gustaría?
- Cualquiera que no hable de nada que tenga que ver con cajas.
- ¡Todo menos cajas!, entendido.

No paraban nunca la conversa. Afortunadamente, la jefa de sección, solo pasaba alrededor del mediodía, y lo único que le importaba, era que esas cajas estuviesen apiladas, una encima de la otra, con la cinta de Amazon colocada y el contenido correspondiente. Las góndolas llegaban hasta el techo, para poder colocarlas allí, prolijamente.

A la hora de almuerzo, Milagros iba al casino de la empresa, pero Carlos se tenía que quedar, y seguir apilando las cajas. La panza nunca le crujía, porque tenía panza. Y las necesidades parecían haberlo abandonado, porque no tenía necesidades. O al menos, eso se creía. Solo Milagros sabía que si las tenía. Después de almorzar, una bandeja con lentejas y un postre añejo, volvía a ubicarse en su puesto, con su camisa verde musgo, a seguir hasta que se fuera

la luz del día. A veces sentía que metía al sol en esas cajas, porque cuando salía a la calle nuevamente, ya no estaba.

Tomaba el metro de vuelta, con la misma cantidad de oficinistas que había visto en la mañana. Eran cientos de miles. Volvían con las camisas arrugadas y transpiradas bajo la axila. Un poco más olorosas que cuando era temprano. No había ni una sola sonrisa. Parece que las sonrisas también se habían metido en las cajas, porque no las veía. Ni las alegrías. Ni las esperanzas. Ni las ganas de ser, de vivir, de crecer, de cambiar, de pasar por otras cosas en la vida.

Cada día se repetía, en la exacta misma escena. Llegado un poco, Milagros creía reconocer a las personas en el metro, y hasta les inventaba un nombre ficticio, o un apodo raro. Allá está el mirón. Allá subió la que no larga el celular. Y en la otra

estación seguro sube el pelado que se baja en Tobalaba. El día más raro, era cuando había algún accidente en el metro, entonces se frenaba durante un tiempo mucho más largo de lo normal. Era más o menos común que una persona se aventara a las vías. Tan común, que ya nadie se sorprendía, ni se alteraba. *“Ah sí, hay tripas por todo el lugar. ¿Cuánto falta para arrancar? ¿¡Puede por favor, señor conductor, terminar rápido de arrancar esos sesos del parabrisas?!”*. La empatía es lo primero que se pierde. Como la sonrisa. Tal vez también esté metida en esas cajas. Empatía. Ganas de crecer, de cambiar, de vivir, de ser.

Y de nuevo marcar tarjeta. Una y otra vez, como esas películas en las que la gente está atrapada en el mismo día.

- ¡Buen día, Carlos! ¿Cómo estás hoy? Ya se que no dormiste. ¿Pudiste leer el libro que te traje?
- ¡Milagros! ¡Claro! Lo leí durante los primeros quince minutos en los que te marchaste. ¡Qué interesante! Lleno de confabulaciones. ¿Así que entonces, el asesino era el pequeño niño de dos años? ¡Qué giro inesperado!
- Si, impresionante, ¿verdad? Esa es la gracia de la literatura, que ocurra lo inesperado.
- ¡Cómo me gustaría ser literatura!
- Hacer literatura, querrás decir...
- No, no. Me gustaría ser literatura. Para poder ser inesperado yo también...
- ¿Y qué harías si fueras inesperado?
- Haría muchísimas cosas. Rompería todas estas cajas por ejemplo, en vez de apilarlas, las quemaría, una por una, o todas juntas,

para que hagan una montaña que queme toda la empresa...

- Ay Carlos, no vuelvas a decir eso, o van a mandar a re-programarte.
- Pero tú no vas a decirles que yo...
- No, por supuesto que no. ¿Me tomas por sapa? Tranquilo... Lo digo por si pasa la supervisora. Que parece que no está, pero siempre están, con el oído alerta.
- Mira, ves esta caja, ¿qué te parece si en vez de meter esa horrible lámpara que alguien envolvió para regalo, metemos otra cosa?
- ¿Otra cosa? Carlos, no hagas travesuras, que a mi pueden echarme. No puedo quedarme sin trabajo, tengo tres bocas que mantener, aunque con la de mi marido son cuatro, cinco con la mía... Él trabaja también, pero trae poco, parece que le pagaran con buenas intenciones...

- Nunca haría nada para perjudicarte. No puedo querer, creo, pero sin embargo, te quiero...
- Yo también te quiero Carlos. Al final, el amor no depende de tener un órgano capaz de amar, sino de estar nueve horas aquí, cabeza a cabeza, padeciendo nuestros deseos.
- Metamos en la caja nuestros deseos...
- ¿Y eso cómo se hace?
- Acércate. Piensa bien. Piensa fuerte. ¿Qué desearías sobre el mundo?
- ¡¿Sobre el mundo?!
- Claro, que fuera cómo...
- Uy, qué pregunta. Nunca nadie me había preguntado eso, en toda la historia de mi vida, qué curioso. Ni siquiera mi madre, cuando era chiquita, ni mi papá, ni en la escuela. Nadie me ha preguntado eso.
- ¿Cómo te gustaría que fuera el mundo?

- Bueno, a ver, para empezar, me gustaría trabajar a la intemperie, pero sin tener frío ni calor, ni que me coman los mosquitos. Y por supuesto no trabajar cuando llueva. ¡Ay cómo me gustaría no trabajar cuando llueva!
- Excelente. ¡Mete ese deseo en la caja!
- Ok, aquí voy.
- ¿Qué otra cosa?
- ¡Trabajar dos horas! Ni un minuto más. Que trabajar más fuera considerado un acto de inmoralidad increíble, inaceptable.
- ¡Eso es maravilloso! ¿Puedo desear también lo mismo?
- ¡Claro! Mete tu deseo adentro de la caja también...
- ¿Y qué más?
- Que después del trabajo, pueda al fin ir a estudiar. Siempre quise terminar la secundaria y ver la posibilidad de entrar a la

Universidad... Pero como quedé embarazada muy chica, no pude. Me gustaría poder estudiar.

- ¿Y qué carrera estudiarías?
- No sé, tal vez derecho, o tal vez medicina. ¡Ay si, cómo me gustaría ser llamada “Doctora”! Pero no soporto estar encerrada, estoy harta del encierro. Quisiera estudiar en una Universidad, que fuera también, a cielo abierto.
- ¿Cómo un ágora, de las que usaban en Grecia?
- ¡Exactamente! Un ágora al estilo griego, ¡y no con un solo maestro cabrón que nos hiciera sufrir sus arbitrariedades! Con cuatro o cinco profes al mismo tiempo, para quitarle la dinámica autoritaria a enseñar.
- ¡Eres una maestra de los deseos, Milagros! ¡Entra eso también a la caja!

- ¡Aquí va!
- ¿Y qué otra cosa?
- Un comedor común. Lavaderos comunes. Todo social y tecnificado, para que con un solo botón, puedas obtener todo lo que necesitas, cubrir lo básico, y nada de gastar tiempo en tareas domésticas. ¡Estoy harta de fregar! Cuando llego a casa, tengo que servirle la cena a la gente, comen mirando el celular, ni gracias me dicen, ni un “qué rico mamá, te pasaste”, nada.
- ¿Y puede haber robots allí, en ese mundo, que sean realmente felices?
- Claro que si, por supuesto. ¡Meteremos a uno que se llame Esteban, y tenga una camisa con flores!
- Me gustan más las piñas. ¿Puede ser una camisa con piñas?
- ¡Pero claro!

- ¿Y a ti que más te gustaría, Carlos?
- Me gustaría poder dormir.
- ¡Al aire libre!
- Si, al aire libre, ¡bajo las estrellas!
- Pero sin que nos piquen los mosquitos. Como si las camas pudieran salir hechas desde la tierra, y lanzaran una especie de vapor, que mantuviera alejado a los bichos.
- Sin matarlos, porque es horrible que asesinen a los pobres insectos pequeñitos.
- Es cierto, si, sin matarlos. ¡Y un cine! Un cine que salga de la tierra, para ver películas gratis.
- ¡Todo sin pagar!
- ¡Todo sin pagar!
- Cierra la caja ahora, ponle la cinta de Amazon.
- Nos van a retar...
- Nadie se va a enterar.
- ¿Pero a dónde va esta caja?

- No lo sé, pero lo que sí se es que nunca le va a llegar su horrible lámpara.
- ¿Cómo sabes que es horrible, si ya está envuelta en el papel de regalo?
- Es horrible, créeme. Y no le iba a gustar.

Carlos continuó apilando cajas durante la hora del almuerzo, mientras Milagros se convertía en el pollo con papas que estaba comiendo. Intentaba charlar con el resto de trabajadores, pero no siempre se entendía del todo bien. Había algunos comentarios que no le agradaban. Cosas sobre surgir, o frases como “*gobierne quien gobierne, hay que trabajar igual*”. Se apuró a regresar a su puesto, no por el ansia de laborar, sino para charlar con Carlos, el único que podía llevarla hacia otro lugar.

Al volver a su puesto, lo vio apagarse frente a sus ojos. Una caja, sobre sus brazos metálicos, se

había quedado a medio andar, sin llegar al estante. Por más que le gritó, lo movió y trató de hacerlo caminar, Carlos se quedó mudo. Vinieron los técnicos, le sacaron la batería e intentaron intercambiarla por otra. Saltaban las chispas por todas partes. Casi prenden fuego todo el lugar.

Trajeron unas llaves, bastante extrañas, que no había visto nunca, con forma de estrella. Y hasta le cambiaron piezas que parecían ser claves. Milagros observaba la escena angustiada, sin saber qué hacer para ayudar. No hubo caso, no lo pudieron volver a encender. Uno de los técnicos le dijo al otro, que se había quemado producto de la fatiga. Al parecer no hay que ser de carne y hueso para sufrir los embates del capital.



www.danahartescritora.com